

Oh! Por qué no escuchó tu voz, que tan grata resonaría en mis
oídos en estos momentos, Antonio Plancher y Lapastida? Qué re-
cordamos ahora, como hace 17 años, en mi juicio de plaza e-
piscopal, los años de nuestra adolescencia y juventud, que jun-
tas se deslizaron, y nuestros episcopales trabajos tan llenos de
penas y contrariedades! Qué meses más tarde que yo habría los
ojos a la luz, y muchos años antes que yo los cerrara en gran-
de tumba. Con cuánta debida te habría invitado en este día -
favorecíame a dirigirme una vez más, palabras de amataz y de con-
suelo. Ya que tu voz no puede resonar bajo estas bóvedas suyas -
tas, ninguna otra hará estremecerse este púlpito que tan digna-
mente ocupaste. Duermes, duermes en paz.

Y tú, Pontífice Santísimo, que tanto me honraste, glorioso
Pío IX, vuelve los ojos desde el alto trono que ocupa en el cie-
lo, a esta pobre criatura que tanto admiraste; que llamaste pri-
mero cerca de Ti, y luego enviaste a apaciguar lejano repaño, in-
poniéndole tus propias manos en el orden episcopal. Éstas serán
mi gratitud. Tu nombre será el último que profieran mis labios -
al expirar.

Gratitud igualmente, y muy grande, debo a muchos que aun vi-
ven, y a muchos que me escuchan. Giro de las tres diócesis que
me gobernado! Me habéis acompañado en mis luchas y mis angus-
tas, y sois acreedores a mis especiales elogios. Éstos los comen-
ta un cántico nuevo, un cántico eximio de alabanza y de acción de
gracias al Señor de quien hemos sido apóstoles: "canta Domini
canticum novum".

El Pueblo de mi ciudad y diócesis de San Luis! El primer grito de
guerra que han lanzado los enemigos de Dios y de su Cristo, os ha
unido más estrechamente conmigo y ha movido a pobres y ricos a
cuidar a la defensa de su Patria, y de la Iglesia que personifi-
ca. Puesto que tal ha sido el resultado, yo bendigo ese grito es-
piritual y os bendigo también a vosotros, que formáis la esencia
de los escogidos. Resumamos hoy entre vosotros con mayor armonía
las alabanzas del Señor. "Lauda sine in Ecclesia sanctorum". Mi -
amo a vosotros se ha multiplicado en estos días de prueba. Ya -
pertenecéis a la humildad, pero valiente raza, de las lutas y
luchas; ya ocupáis los puestos de los Pastores y de los Pastores
de los Pastores y las Agnudas, de las lutas y las lutas, a
todas os abraza mi pecho paternal. Nuestra historia es
todavía el enemigo, me ha hecho olvidar mis años, y ha renovado
do, como la del águila, mi ya pasada juventud. Nuevas lutas nos
esperan; y estaré en ellas en medio de vosotros, ya sea en la
fiereza patiendo vuestras fatigas y peligros; ya sea animándoos
desde el cielo, cuyos poderes confío en la misericordia divina
que no se cortarán ni para mis pobres diócesanos, ni para su in-
digno Pastor.

Altamente celebrado es para el alma es el momento de esta
literaria, hace ya largos años que las letras de los
nuestros con suceso profundo, que muchos las han admirado
nuevas, sin esperanzas de resurrección. Al saber que lo que
debe ser en el mundo no es un simple pasajero, un
ciclo de regocijo; y la misión que se ha confiado, de des-
tarlas, no ha halagado sobremedera. He aquí por qué en el
de en acudir a este salón, que afortunadamente será el
no, a "mantener" los juegos florales que habéis convocado en
una época, que parece la menos propicia para las actividades
Duales, y lo digo sin afectada modestia; la imposibilidad de
que se encuentre en el mundo a un hombre que se entusiasme en
cuando habitualmente se dedica sobre los campos de batalla, que
nada se sabe, y empieza a asemejarse al búfalo marino, que
mucho que otro tanto se sabe, a quien se le ve en los
ojos de parecerse a la reina de las aves!

DISCURSO

Pero no obstante la insuficiencia, que sin rubor confieso, en
un momento de pensado en rechazar vuestra invitación. Me ha
habría sido secundario el anhelo, que está trastornando
nuestra sociedad, se ha apoderado hace ya tiempo de nuestra
naturaleza. Que haya rivalidades y guerras en el campo de las letras
se concibe, pero no se desea. El arte y las ciencias ingenios, que
Ba, y limpiar las flores y las frutas de los jardines ingenios. Pa-
re un signo de decadencia y de debilidad; una señal de
quilar, aun antes que germinen los frutos de la cultura; una señal
de decadencia en el arte, con la calumnia, sin más que
con silencio, a veces, a veces, a veces, a veces, a veces, a veces,
de alto mérito y de alta pretensión, que se digna
tingue, es un crimen que merece un castigo en un corazón de
na.

PRONUNCIADO EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS
EN SAN LUIS POTOSI EL 6 DE ABRIL DE 1913.

Y en cambio, tales son las que se han producido en
luchas en nuestra sociedad, y han ido acabando con el cultivo de
las letras y de las ciencias. El encontrar una excepción a esta
triste regla; el oír la voz de un cultor de la cultura para
luchas y de las ciencias; que convoca a otros muchos a adherirse para
brar las glorias de un vate contemporáneo, nacido en el
y de un viejo dramaturgo que hace ya siglos honra a su patria,
conforta el alma de tal suerte, que olvida las desgracias que
le rodean, para pensar tan sólo en secundar tan nobles intentos.

Casi no conocí a MANUEL JOSÉ OTHON. Una sola vez me senté
a la misma mesa que recuerdo que hoy me convengo en otra
nóis. Esto, que parece una ventaja, me pone, por el contrario,
en situación de juzgarlo imparcialmente, sin que sea
sino un acto de justicia.

DISCURSO
PRONUNCIADO EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS
EN SAN LUIS POTOSÍ EL 6 DE ABRIL DE 1913.

Altamente consolador es para mi ánimo atribulado este certamen literario. Hace ya largos meses que las Musas duermen entre nosotros con sueño tan profundo, que muchos las han declarado muertas, sin esperanzas de resurrección. Al saber que lo que juzgábamos letargo no es más que un reposo pasajero, me he estremecido de regocijo; y la misión que se me ha confiado, de despartarlas, me ha halagado sobremanera. He aquí por qué no he vacilado en acudir a este salón, que mañana será teatro del todo profano, a "mantener" los juegos florales a que habéis convocado en una época, que parece la menos propicia para justas académicas. Duéleme, y lo digo sin afectada modestia, la imposibilidad en que me encuentro, de remontarme a la altura que de mis antiguos bríos esperáis. Mis alas están ya cansadas; y si aun el águila, cuando habitualmente se cierne sobre los campos de batalla, degenera y se abate, y empieza a asemejarse al buitre rastrero, qué mucho que otro tanto suceda en su desánimo, a quien está muy lejos de parecerse a la reina de las aves? Virgilio, si constituyese en jefe de escuela, diferente de cuantos le han precedido, Pero no obstante mi insuficiencia, que sin rubor confieso, ni un momento he pensado en rehusar vuestra invitación. Es tan generoso el pensamiento que os anima, que cobardía, y no humildad, habría sido no secundarlo! El anarquismo, que está trastornando nuestra sociedad, se ha apoderado hace ya tiempo de nuestra literatura. Que haya rivalidades y guerras en el campo de las letras, se concibe, se comprende; y puede ser útil para extirpar la zizania, y limpiar las flores y los frutos de preclaros ingenios. Pero un sistema contra todo lo que descuella; una tendencia a aniquillar, aun antes que germinen los retoños del talento; una pertinacia en matar con la sátira, con la calumnia, cuando menos con el silencio, a todo autor, joven o viejo, nacional o extranjero, de alto mérito o modestas pretensiones, que surge y se distingue, es un crimen que apenas se concibe en un corazón de hiena. A cuál de estas escuelas, de estas arropaciones, perteneció, aspiró a pertenecer MANUEL JOSÉ OTHONY Es lo que vamos a examinar. Y sin embargo, tales son los principios que hace tiempo prevalecen en nuestra sociedad, y han ido acabando con el cultivo de las letras y de las ciencias. El encontrar una excepción a esta triste regla; el oír la voz de un puñado de cultores de las bellas letras, que convocan a otros muchos a adunarse para celebrar las glorias de un vate contemporáneo, nacido en esta tierra, y de un viejo dramaturgo que hace ya siglos honró nuestro Méjico, conforta el ánimo de tal suerte, que olvida las desgracias que le rodean, para pensar tan sólo en secundar tan nobles intentos. primera salieron a luz. Deja solamente apellidar. Casi no conocí a MANUEL JOSÉ OTHONY. Una sola vez nos sentamos a la misma mesa; no recuerdo que hayamos conversado en otra ocasión. Esto, que parece una desventaja, me pone, por el contrario, en situación de juzgarlo más imparcialmente, sin que pese en mis

Alfamente consolador es para mi alma atribulada este certamen literario. Hace ya largos meses que las musas duermen entre nosotros con sueño tan profundo, que muchos las han declarado muertas, sin esperanzas de resurrección. Al saber que lo que juzgábamos letargo no es más que un reposo pasajero, me he estremecido de regocijo; y la misión que se me ha confiado, de despertarlas, me ha halagado sobremanera. He aquí por qué no he vacilado en acudir a este salón, que mañana será teatro del todo propio a "mantener" las "juegas florales" a que habéis convocado en una época, que parece la menos propicia para "juegas académicas". Pues, y lo digo sin afectada modestia, la imposibilidad de que me encuentre, de remontarme a la altura que de mis antiguas obras esperaba. Mis alas están ya cansadas; y si aun el éter, cuando habitualmente se cimenta sobre los campos de batalla, debe neta y es abate, y empiezo a asemejar al buitre rastrero, que mucho que otro tanto sueña en su desahino, a quien esta vez le voy de pararse a la reina de las aves?

Pero no obstante mi inactividad, que sin rubor confieso, ni un momento he pensado en renunciar vuestra invitación. Es tan grande el pensamiento que os anima, que esparde, y no humildad, habría sido no secundar! El entusiasmo, que esta travesía de nuestra vida socializada, se ha apoderado hace ya tiempo de nuestra vida natural. Que haya rivalidades y guerras en el campo de las letras, se concibe, se comprende; y puede ser útil para extirpar la riza, y limpiar las flores y los frutos de preciosas injurias. Pero a un sistema contra todo lo que base en la fuerza; una tendencia a salir, una antes que germinen los retoños del talento; una pertinacia en matar con la sátira, con la calumnia, cuando menos con el silencio, a todo autor, joven o viejo, nacional o extranjero, de alto mérito o modestas pretensiones, que surge y se dignifique, es un crimen que apenas se concibe en un corazón de hombre.

Y sin embargo, tales son los principios que hace tiempo prevalecen en nuestra sociedad, y han ido acordando con el cultivo de las letras y de las ciencias. El encontrar una excepción a esta triste regla; el oír la voz de un pueblo de cultores de las bellas letras, que convoca a otros muchos a abandonar para cultivar las glorias de un arte contemporáneo, nacido en esta tierra y de un viejo gramático que hace ya siglos honra nuestro Méjico, conforta el ánimo de tal suerte, que olvida las desgracias que le rodean, para pensar tan sólo en secundar tan nobles intentos.

¡Casi no conocí a MANUEL JOSE OTHON! Una sola vez nos sentamos a la misma mesa; no recuerdo que hízamos conversado en otra ocasión. Esto, que parece una desventaja, me pone, por el contrario, en situación de juzgarlo más imparcialmente, aún que pese en mis

censuras o alabanzas, otra consideración que la del mérito intrínseco de sus obras. No os figuréis que voy a hacer una reseña de sus poesías. Ni tengo alientos para tanto, ni se sostendría vuestra atención al escucharme. Tampoco juzgo que tal sea mi misión. De ello se han encargado los muchos escritores que, con éxito más o menos brillante, han entrado en competencia para elogiarlo en prosa o en verso. Yo me limitaré, evitando citas prolijas, a investigar cuál fué la escuela poética del vate Potosino.

Todo pintor, todo artista, todo poeta, necesariamente se inscribe en una escuela. Algunos, como no pocos dramaturgos franceses, y uno que otro español del siglo XVIII, se declaran tan absolutamente clásicos, que, como si ayer hubieran florecido Sófocles y Eurípides, los siguen tan de cerca, que nos transportan, como por encanto, al escenario griego. Otros, como el divino Herrera, y en general la escuela Sevillana, profesan el clasicismo; pero dejando que sus propias alas los eleven hasta los astros, sin asirse a los mantos de Píndaro u Homero. No ha faltado quien, sintiéndose con ingenio igual por lo menos al de Virgilio, se constituya en jefe de escuela, diferente de cuantos le han precedido, y arrastre en pos de sí a muchas generaciones. Tal fué, por ejemplo, Góngora, que brilló como sol; pero eclipsó a los imitadores que había deslumbrado. En ciertas épocas, se forman grupos de poetas, que, sin aclamar a un solo jefe, ni reconocer la dirección de un solo caudillo, caminan con paso igual, como ejército bien ordenado, y despidiendo rayos de luz por todos lados, como los de la escuela Salmantina. También en orden de batalla; pero sin que los alumbrara más que una que otra chispa de ingenio, como Iriarte y Samaniego, desolaron el Parnaso español los adeptos del prosaísmo: e igual senda parecen seguir los que han dado en llamarse decadentistas, entre los cuales resplandecen hombres de talento; pero que las generaciones venideras considerarán, no como escuela, sino como fugaces meteoros.

A cuál de estas escuelas, de estas agrupaciones, perteneció, o aspiró a pertenecer MANUEL JOSE OTHON? Es lo que vamos a examinar, guiados afortunadamente por el mismo poeta redivivo.

En sus "Poemas Rústicos", hay un "terno" (quisiera llamarle "trilogía") de sonetos, que nos dan la clave de sus principios, de sus tendencias, de sus aspiraciones literarias. Están dedicados a CLEARCO MEONIO, nombre Arcádico de mi antiguo condiscípulo y actual colega, Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz. Fijad vuestra atención en la dedicatoria. Nos dice en el prólogo, que ha borrado los nombres que ampararon sus poesías, cuando por vez primera salieron a luz. "Deja solamente aquellas dedicatorias necesarias para la inteligencia del poema, y que son como parte integrante de su materia y de su forma." Así, pues, el solo nombre de Clearco, coronando los tres sonetos, nos revela la veneración que profesó al egregio traductor de Virgilio, y la influencia y

la fascinación que éste ejerció en el ánimo del vate Potosino.

En el primer soneto habla "la Selva." Después de describir en los cuartetos sus propios encantos y misterios, nos dice en los tercetos:

Su flauta el viejo Pan dejó escondida
Donde habitan mis genios tutelares,
Que es del misterio y del amor manida.

Mas robada me fué; y hoy sus cantares
Se desbordan en hálitos de vida
Resonando por montes y por mares.

Examinemos Dafnis era el poeta acostumbrado. Prestad, os ruego, toda vuestra atención al segundo soneto. En él habla "la Musa," es decir, como vemos más abajo (en el tercer- ro) ERATO, aquella entre las nueve, que, para servirme de las pa labras de Moratín, "en rosas, cubre las flechas del Amor, y el - arco." Nos narra el hallazgo de la perdida flauta, y enumera las diversas divinas manos porque ha pasado, hasta caer en las del - pastor Clearco, o en las del mismo Manuel José. Su modestia puso un velo de gasa en los tercetos que no deja traslucir con clari- dad los contornos del vate a quien se dirige. El epígrafe del - tercer soneto, nos indica que trata de ambos "Poetas," maestro y discípulo. Siendo el mencionado soneto, perno en que giran todas nuestras conjeturas, y fundamento de nuestros juicios, conviene- que lo escuchéis íntegro.

Yo la flauta de Pan, en la espesura
De la selva encuentre. Donéla al griego
Cantor de Dafnis, que al ferviente ruego
De Virgilio, cedióla con premura.

La heredó Garcilaso; y de su obscura
Mansión, Chénier la arrebató; mas luego,
Tinta en sangre, fué a hundirse en el sosiego
Perdurable de horrenda sepultura.

Cómo pudiste tú, con fe serena,
Arrancarla de allí?.... Mas fuera agravio
Hoy, el almo trinar de Filomena.

Castiga al mundo decadente y sabio
Anda, pastor! Devuélveme la avena
Melificada por tu dulce labio.

Aquí el poeta nos manifiesta, ante todo, su aspiración a figu- rar entre los Bucólicos, tañendo la flauta de Pan. Quisiera adop- tar por maestro al padre de la poesía pastoril, al insigne Teó- crito, cuyo idilio, en que canta las desgracias de Dafnis, se ve

la fascinación que éste ejerció en el ánimo del vate Potosino.

En el primer soneto habla "la Selva." Después de describir en los cuartetos sus propios encantos y misterios, nos dice en los tercetos:

Su flauta el viejo Pan dejó escondida
Donde habitan mis genios tutelares,
Que es del misterio y del amor manida.

Mas robada me fué; y hoy sus cantares
Se desbordan en hálitos de vida
Resonando por montes y por mares.

Examinemos Dafnis era el poeta acostumbrado. Prestad, os ruego, toda vuestra atención al segundo soneto. En él habla "la Musa," es decir, como vemos más abajo (en el tercer- ro) ERATO, aquella entre las nueve, que, para servirme de las pa labras de Moratín, "en rosas, cubre las flechas del Amor, y el - arco." Nos narra el hallazgo de la perdida flauta, y enumera las diversas divinas manos porque ha pasado, hasta caer en las del - pastor Clearco, o en las del mismo Manuel José. Su modestia puso un velo de gasa en los tercetos que no deja traslucir con clari- dad los contornos del vate a quien se dirige. El epígrafe del - tercer soneto, nos indica que trata de ambos "Poetas," maestro y discípulo. Siendo el mencionado soneto, perno en que giran todas nuestras conjeturas, y fundamento de nuestros juicios, conviene- que lo escuchéis íntegro.

Yo la flauta de Pan, en la espesura
De la selva encuentre. Donéla al griego
Cantor de Dafnis, que al ferviente ruego
De Virgilio, cedióla con premura.

La heredó Garcilaso; y de su obscura
Mansión, Chénier la arrebató; mas luego,
Tinta en sangre, fué a hundirse en el sosiego
Perdurable de horrenda sepultura.

Cómo pudiste tú, con fe serena,
Arrancarla de allí?.... Mas fuera agravio
Hoy, el almo trinar de Filomena.

Castiga al mundo decadente y sabio
Anda, pastor! Devuélveme la avena
Melificada por tu dulce labio.

Aquí el poeta nos manifiesta, ante todo, su aspiración a figu- rar entre los Bucólicos, tañendo la flauta de Pan. Quisiera adop- tar por maestro al padre de la poesía pastoril, al insigne Teó- crito, cuyo idilio, en que canta las desgracias de Dafnis, se ve

que lo enamora. No se atreve, a declararse un dios...
y quiere recibir las fecciones por medio de Virgilio. Pero aun -
este se ve que le inspira temores, y parece tener más confianzas -
en Garcilaso y en el francés Chénier. No le abandonan aun enton-
ces sus inquietudes, y sólo de Ovidio Menoio quiere recibir la
campana del Dios Pan, modulando alabanzas, y no sólo con la -
diversa del pastor que no sabe otra cosa que llevar el establo
a sus labios, sino con la valiente del rígal, que no ignora el -
manejo de la honda, con la cual se prepara a arrojarse mortíferas -
piedras, contra el becerro y el toro.

Examinemos más a fondo el precioso soneto. La historia de
Dafnis era en extremo popular entre los griegos y romanos, cuyos
poetas acostumbraban cantarla en versos más o menos cadenciosos.
Fue dicho Dafnis un pastor; pero no como los que conocemos en es-
tas edades de hierro. Era hijo nada menos que del Dios Mercurio,
y estaba, por consiguiente, emparentado con todas las divindades
del Olimpo. Pero su madre no fue "diosa", sino simple "mujer".
La categoría de interior categoría, y esto lo colocaba en situa-
ción harto desventurada. Así es que los celos o tiránicas dispo-
siciones de los númenes mayores, cegaron sus ojos, y en la flor
de la edad lo condujeron al sepulcro. Teóricamente nos lo presenta
en su lecho de muerte; lecho compuesto de hojas secas y ramas a-
grestes, y en medio de la selva. Había sido poeta tan dulce, que
las fieras dejaban sus madrigales por venir a escucharle, y aún
le llegaron, juntamente con sus propios ganados, y los ríos
de los contornos a consolarlo y despedirse antes que muriera. Para
que comprendáis por qué a Manuel José O'Donnell cautivó tanto la can-
ción de Dafnis, preciso es que tengáis la paciencia de escuchar
algunas de sus estrofas.

Oh Dafnis! qué colado,
que podere o verde prado,
que valle os escondía,
cuando el pastor más lindo,
cuando Dafnis de amor triste moría,
en el rianito lindo
moraba por acaso
O en las amenas selvas del Parnaso?
.....
Los lobos y los linceos doloridos
con lágrimas empujados
vinieron a llorar a Dafnis muerto.
.....
Gueñtas avas y oñantes
terras a sus plantas
vinieron a verter amargo lloro!

la consagración que No hubo becerro o toro
los pastores, a Que a su dolor extraño
Permaneciera mudo en su rebaño.

A estas visitas de las agradecidas fieras y mansos rebaños, -
sucedieron las de aquellos númenes que mayores motivos tenían pa-
ra consolarlo.

Mercurio fué el primero
Que del monte bajó, con lastimero
Acento: Dafnis (dijo)
Oh, Dafnis, mi buen hijo:
Quién así te desgarró carnicero?
Dime: quién es la dama
Cuyo funesto amor así te inflama?

Tras él vinieron las dos divinidades que menos derecho tenían
de echar en cara sus flaquezas al moribundo mancebo. Al primero
que le dirige amargas palabras, no se digna dar siquiera breve re-
spuesta. Pero cuando hipócrita llega a predicarle nada menos -
que Citeres, recoge el poco aliento que le queda, y le recuerda
irónicamente una a una sus aventuras Olímpicas y terrenas, desde
el cohecho del juez Paris, en el certamen de belleza que prece-
dió a la guerra de Troya, hasta su desgraciado combate bajo los
muros de la misma heroica ciudad. Porque no debéis olvidar que -
la diosa Venus, trocando las flores que habitualmente la coronan
por el yelmo y la loriga, combatió cuerpo a cuerpo con el héroe
Diomedes. Más le valiera dirigir la batalla desde las nubes como
los demás númenes. Aunque diosa, era débil mujer, y cayó grave-
mente herida por el indómito guerrero. No puedo resistir al de-
seo de recitaros algunos de los improperios del indignado pastor
quedara, la dispersa la apoteosis del mar, en la cual se
subir al cielo, y Dafnis le replicó: Venus tirana,
Venus inicua, Venus inhumana:
Conque decirme quiere que vuelva a imitar a Teo-
crito, tomando su voz que ya se puso
Para Dafnis el sol? Bien no rehuso
Cumplir con mi destino. Dafnis muere,
Pero hasta en el infierno
Dafnis será de amor tormento eterno.

Preséntate, si puedes,
Otra vez a luchar con Diomedes,
Y dile: "El brazo mío
Venció; por fin, a Dafnis el mancebo
Que ovejas custodiaba. Ven de nuevo
Conmigo a combatir: te desafío."

Para terminar esta larga cita, os pondré delante de los ojos,-

No hubo pecero o toro
Que a su dolor extraño
Permaneciera más en su rebano.

A estas visitas de las estrabecidas fieras y mansos rebanos,
A las visitas de las estrabecidas fieras y mansos rebanos,
A las visitas de las estrabecidas fieras y mansos rebanos,

Mercurio fué el primero
Que del monte bajó, con lastimero
Acanto: Dafnis (dijo)
Oh Dafnis, mi buen hijo:
Quién es el que te desgarra carnoso?
Dime: quién es la dama
Cuyo funesto amor así te inflama?

Tras él vinieron las dos divinidades que menos derecho tenían
de echar en cara sus fadanzas al moribundo manso. Al primero
de las divas amargas palabras, no se digna dar siquiera prove
- respuesta. Pero cuando hipérita llega a predicar nada menos
- que dices, recoge el poco aliento que le queda, y le recuerda
trónicamente sus a sus aventuras Olímpicas y terrenas, desde
el hecho del juez Paris, en el certamen de belleza que precede
- dio a la guerra de Troya, hasta su desgraciado combate bajo los
- muros de la misma heroica ciudad. Porque no debía olvidar que
- la diosa Venus, trocando las flores que habitualmente la coronan
por el yelmo y la lanza, combatió cuerpo a cuerpo con el héroe
- Diomedes. Más la valiente dirigía la batalla desde las nubes como
- los demás números. Aunque diosa, era débil mujer, y cayó grave-
- mente herida por el indómito guerrero. No puedo resistir al de-
- seo de recitaros algunos de los improperios del indignado pastor

Dafnis le replicó: Venus tirana,
Venus infame, Venus inhumana:
Conque desgraciadamente
Te ves que ya es pues
Para Dafnis el sol? Bien no rehúso
Cumplir con mi destino. Dafnis muere,
Pero hasta en el infierno
Dafnis será de amor tormento eterno.

Presentate, si puedes,
Otra vez a luchar con Diomedes,
Y dile: "El bravo mo
Venotó; por fin, a Dafnis el manso
Que ovejas custodiaba. Van de nuevo
Como a combatir: te desalio."

Para terminar esta larga cita, os pondré delante de los ojos,

la consagración que de su zampoña hace al dios Pan, al dios de -
los pastores, a quien invoca repetidas veces en su agonía:

Ven oh Rey y Señor! Tomar se digne
Tu mano bondadosa,
Esta zampoña armónica y vistosa,
De cera sin igual, trabajo insigne
Ya no es al canto nueva:
Mis labios bien conoce.
Tómala oh Pan! Yo siento que veloce
Al reino de Plutón Amor me lleva.

Entonces fué sin duda cuando la dejó escondida en la selva de
que nos habla Manuel José Othón, y de donde fué robada más tarde.
A mí me habría agradado que la Musa, al encontrarla, después de
prestarla a Teócrito, la hubiera entregado al propio Manuel José
Othón, sin que pasara por tantas manos. Váis a juzgar si tengo, o
no, razón, al comparar a Virgilio con el primero, en la misma -
canción de Dafnis.

Que la elegancia de éste supere a la del griego, es indudable.
No podía ser de otra manera, siendo tan superior el refinamiento
de la corte de Augusto, al de la corte de los Tolomeos de Egipto,
por más que en Alejandría florecieran tanto las letras y las -
ciencias. Pero, como siglos después sucedió en la de Luis XIV, la
cortesía de los poetas degeneró en rastrera lisonja y no disi-
mulada adulación. Algo parecido se me figura descubrir en Virgi-
lio, precisamente al imitar la canción de Dafnis. Ya no es el le-
gendario pastor de los griegos el que merece sus alabanzas, sino
el mismo César Augusto disfrazado de zagal. Si alguna duda nos -
quedara, la disiparía la apoteosis del mismo, en la cual lo vemos
subir al cielo, y ocupar un alto trono entre los números. Dulces
y cadenciosos son los versos; pero ya no es el mismo Dafnis. Tam-
poco lo es el de la égloga décima, en que vuelve a imitar a Teó-
crito, tomando sus ideas, sus palabras y hasta sus versos; pero-
celebrando, en vez del conocido pastor, a un gran personaje ami-
go suyo, al renombrado Galo.

Para que mejor juzguéis, voy a recitaros algunos pasajes de -
ambas églogas, no en su original, por bello que sea, sino en la
traducción parafrástica del maestro de Othón, Clearco Meonio.

Oh Náyades, qué saltos o qué grutas
Os detuvieron cuando el triste Galo
Moría presa de un amor indigno?
Del Parnaso o del Pindo la alta cumbre
No os detenían, ni la clara fuente
De Aganipe, delicia del Permeso.

la consagración que de su zambora hace al Dios Pan, al Dios de -
los pastores, a quien invoca repetidas veces en su agonía:

Ven oh Rey y Señor! Tomar se digna
Tu mano bondadosa,
Esta zambora arcaica y vistosa,
De cera sin igual, trabajo insignie
Ya no es al canto nuevo:
Mis labios bien conocidos.
Tómala oh Pan! Yo siento que voy
Al reino de Plutón Amor me lleva.

Entonces fue sin duda cuando la dejó escondida en la selva de
que nos habla Manuel José Othon, y de donde fue robada más tarde.
A mí me habría alegrado que la Musa, al encontrarla, después de
presentarla a Teócrito, la hubiera entregado al propio Manuel José
Othon, sin que pasara por tantas manos. Váia a juzgar si tengo,
no, razón, al comparar a Virgilio con el primero, en la misma
canCIÓN de Dafnis.

Que la elegancia de este apere a la del griego, es indudable.
No podía ser de otra manera, siendo tan superior el refinamiento
de la corte de Augusto, al de la corte de los Tolomeos de Egipto.
Por más que en Alejandría florecieran tanto las letras y las
ciencias, pero, como otros después sucedió en la de Luis XIV, la
cortesana de los poetas degeneró en pastores líricos y no disti-
nula agitación. Algo parecido se me figura descubrir en Virgi-
lio, precisamente al imitar la canCIÓN de Dafnis. Ya no es el
genérico pastor de los griegos el que merece sus alabanzas, sino
el mismo César Augusto distanzado de sagaz. Si alguna duda nos
quedara, la distaría la epoteo del mismo, en la cual lo vemos
subir al cielo, y ocupar un alto trono entre los nómades. Dices
y eadenciosos son los versos; pero ya no es al mismo Dafnis. Tam-
poco lo es el de la égloga deíma, en que vuelve a imitar a Teo-
crito, tomando sus ideas, sus palabras y hasta sus versos; pero
celebrando, en vez del conocido pastor, a un gran personaje ami-
go suyo, al renombrado Galo.

Para que mejor juzguéis, voy a recitaros algunos pasajes de -
ambas églogas, no en su original, por bello que sea, sino en la
traducción parafrástica del maestro de Othon, Clearco Meonio.

Oh Náyades, que saltes o que grutas
Se detuvieron cuando el triste Galo
Moría presa de un amor indigno!
Del Permesso o del Pando la alta cumbre
No os detentan, ni la clara fuente
De Agante, deliciosa del Permesso.

A Galo lloran los fragantes lauros,
A Galo lloran las silvestres flores.

Vino el pastor, y los vaqueros todos
Vinieron, y también llegó Menalcas.

Y todos le preguntan "Ay! De dónde
Te ha venido este amor?" El mismo Apolo
Viene y le dice: "Galo, triste Galo,
Por qué loqueas?"

Escuchadlo ahora hablando de Augusto, cubierto con la zamarra
de Dafnis.

Tristes lloraban del hermoso Dafnis
Castas las ninfas la temprana muerte.

Vosotras ninfas, duros avellanos,
Cerúleos ríos, que gemís no lejos,
Fuisteis testigos, y testigos mudos
De su agonía, oísteis sus lamentos
Y habéis mirado a su infelice madre
Que viene presa de inefable duelo
Y llamando crueles a los dioses
De su hijo abraza el desangrado cuerpo.

Que tu muerte lloraron los hirsutos
Bravos leones, Dafnis, flébil Eco
En las selvas y montes lo publica
Ronco elevando su clamor al cielo.

Fragantes hojas esparcid, pastores,
Y con sombras cubrid los arroyuelos;
Sabed que Dafnis a nosotros manda
Que de esta suerte su memoria honremos,
Y levantad en la mojada tierra
Sin demora un humilde monumento,
Y al túmulo añadid sobre la losa
Por sencillo epitafio, aqueste verso:
"Yo, Dafnis, en las selvas conocido,
Y cuya fama penetró hasta el cielo,
Fuí pastorcillo de rebaño hermoso
Y más hermoso que mi grey, yo mesmo."

Aquí tenéis ya la flauta de Pan, con que soñaba Manuel José -